
IMPORTANCIA POLÍTICA Y CONSECUENCIAS DE LAS BATALLAS DE CHORRILLOS Y MIRAFLORES

POR EDUARDO ARRIAGADA ALJARO*

Durante estos días se conmemora un nuevo aniversario de las célebres jornadas bélicas de Chorrillos y Miraflores, en las cuales combatió el mayor contingente de hombres jamás visto en la historia militar de nuestro país durante el siglo XIX. Sin duda que el número de soldados nacionales – calculado en cerca de 23.000 por el destacado historiador Gonzalo Bulnes – impresiona enormemente, así como los hechos bélicos que tuvieron lugar.

No obstante lo anterior, cabe preguntarse acerca de la importancia política de estos hechos de armas y de sus consecuencias tanto para la Guerra del Pacífico misma, como para nuestro país. Se puede decir que el punto de inflexión de este conflicto – en cuanto a sus objetivos políticos y estratégicos de parte de Chile- fue la batalla de Tacna (mayo de 1880), tras la cual y, luego de un arduo proceso de discusión entre nuestras autoridades políticas y militares, se decidió finalmente marchar hacia la capital peruana.

El objetivo militar se cumplió, pero ello no significó el término de la guerra, debido a una confluencia de circunstancias que no hicieron otra cosa que entorpecer el proceso político y militar. El Perú ofrecía entonces un panorama político muy distinto al que mostraba nuestro país durante el siglo XIX. Mientras el segundo aparecía fuertemente cohesionado en lo interno, no pasaba lo mismo con el primero, lo cual se evidencia en las siguientes palabras de Gonzalo Bulnes:

“Lo que venció al Perú fue la superioridad de una raza y la superioridad de una historia; el orden contra el desorden; un país sin caudillos contra otro aquejado de este terrible mal. Después de las batallas de Lima recorría Lynch el hospital de sangre en compañía del almirante francés Du Petit Thouars, quien no podía comprender el resultado, recordando la opinión que había emitido a la vista de las fortificaciones. Lynch se ofreció para explicárselo. Se acercó a dos heridos peruanos y junto con dirigirles palabras consoladoras, les preguntó separadamente: ¿Y para que tomó Ud. parte en estas batallas? Yo, le contestó el uno: «por don Nicolás»; el otro, «por don Miguel.» Don Nicolás era Piérola; don Miguel, el Coronel Iglesias. Dirigió después la misma pregunta a dos heridos del ejército chileno y ambos le respondieron con profunda extrañeza: Por mi Patria, mi general! Y Lynch volviéndose a Du Petit Thouars le dijo: Por eso hemos vencido. Unos se batían por su patria; los otros por don Fulano de tal. A lo cual replicó el Almirante francés: „Ahora comprendo!“ Era eso lo que había vencido; la superioridad de una historia sana y

* Licenciado en Historia UC, Magíster en Historia Militar y Pensamiento Estratégico ACAGUE, e investigador de la Academia de Historia Militar.

moral sobre otra convulsionada por los intereses personales. No diré que era la única causa de la derrota, pero sí que tuvo parte en ella.”¹ 1

Como se puede apreciar, el diagnóstico de este historiador chileno con respecto al país vecino es bastante crudo, pero explica muy bien los hechos que tuvieron lugar en el resto del año de 1881 y en los siguientes.

Por su parte, el eminente historiador militar Wilhelm Ekdahl, entrega su visión acerca del término de estas batallas con un criterio estrictamente castrense:

“La victoria chilena del 15 de enero completaba la de Chorrillos, y ambas significaban la destrucción de la Defensa nacional peruana. Los ejércitos peruanos del centro habían dejado de existir; la capital del Perú y el puerto fortificado del Callao estaban a merced del vencedor. Con este último se perderían los últimos restos de su escuadra. La chilena respondería de esto. Ni el pequeño Ejército de Arequipa, ni los fugitivos de los campos de batalla de Chorrillos y Miraflores, podían servir de núcleos para organizar una nueva defensa nacional dentro de un plazo útil; y esto, tanto menos, por cuanto al Perú le faltaba ahora todo material de guerra; mientras que, por otra parte, su crédito en el extranjero estaba completamente arruinado, sus arcas fiscales vacías, y destruido todo el organismo de su gobierno. A lo sumo, los citados restos de sus ejércitos podrían servir para una guerra de guerrillas, que de ninguna manera salvaría al Perú, pero que en cambio era capaz de crear la anarquía, y por lo tanto la ruina completa del país. Es evidente, que el Perú no podía hacer nada mejor, que celebrar la paz sin demora, aceptando, con valentía política, los sacrificios que debían ser las consecuencias inevitables de sus derrotas militares. El país vencido debía comprender que la nación victoriosa necesitaba no solo compensaciones por los sacrificios económicos que le había costado la campaña provocada por el Perú, sino que también, y sobre todo, garantía territoriales, para impedir que una nueva guerra la sorprendiera en las mismas condiciones de 1879.”²

Se evidencia que el estado político y económico en que quedó este país era muy lamentable; sin embargo, sus dirigentes no parecían conformarse con las victorias chilenas y procedieron con continuar la resistencia a todo trance. Lo más razonable hubiera sido el diálogo con el vencedor, pero el mandatario peruano, Nicolás de Piérola, no estaba dispuesto a pedir la paz, lo que no hizo otra cosa que traer más problemas a su país y a sus habitantes:

“Con la destrucción de su tercer ejército, el Perú estaba vencido como nación. No podía abrigar ninguna esperanza racional de sobreponerse a la situación que le creaban sus desastres. Prolongar la resistencia era despedazar el país y sacrificar lo

¹ Gonzalo Bulnes, Guerra del Pacífico. De Tarapacá a Lima. Valparaíso, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1914, páginas 699 y 700.

² Wilhelm Ekdahl. Historia Militar de la Guerra del Pacífico entre Chile, Perú y Bolivia. Tomo III. Santiago de Chile, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1919, página 216

poco que aun quedaba en pie. Si en ese momento Piérola se yergue sobre la derrota y proclama en alta voz la necesidad de la paz habría prestado un gran servicio a su país. Tan honroso como mandar ejércitos y conducirlos a la victoria, es afrontar las corrientes populares, y hablarles el lenguaje doloroso de la verdad. El Perú no tuvo quien lo hiciera y la falta de ese grande y sereno patriotismo abrió en su historia un período de nuevas desgracias y de estériles sufrimientos.”³

Pero había una razón más de fondo que explicaba el porqué no se llegaba a la paz y que tiene directa relación con la primera cita textual de este escrito: Piérola ya no era el único mandatario del Perú, sino que habían comenzado a surgir diversos caudillos, destacando entre ellos Lizardo Montero y Andrés Avelino Cáceres. En esa situación, ¿con quién debía Chile negociar la paz?:

“Contrario a las expectativas y esperanzas de muchos chilenos, la captura de Lima no incentivó a los peruanos a pedir la paz. Sin embargo, esto no fue por falta de políticos. Después de todo, Perú estaba inundado de caudillos, aspirantes presidenciales y presidentes, ninguno de los cuales gobernaba en realidad a toda la nación. Nicolás Piérola, quien carecía de legitimidad constitucional y de una capital, luego de la caída de Lima, esperaba ansioso permanecer como el líder „de facto“, si bien no „de jure“ de Perú. El encallado almirante Lizardo Montero, quien después de 1881 dirigió Perú desde sus cuarteles generales, en la ciudad andina de Arequipa, ejercería como vicepresidente provisional y luego como presidente. Otros dos, Juan Martín Echeñique y Pedro del Solar, controlaron el ejército del Centro y el ejército del Sur al final apareció un nuevo actor, que irónicamente parecía el menos interesado en gobernar Perú: el coronel Andrés Cáceres. Tras resultar herido en la batalla por Lima, se ocultó mientras se recuperaba de sus heridas. Una vez repuesto, viajó en tren vestido de civil desde la capital hasta Chiclayo, y pronto desapareció en el campo, para surgir como el líder de un ejército irregular, pero poderoso. Luego, Nicolás Piérola promovió a Andrés Cáceres a general y lo puso al mando del ejército del Centro. A diferencia de sus colegas, Andrés Cáceres tenía una sola obsesión: expulsar a los chilenos. Con tantos líderes dedicados a su propia agenda, la guerra se arrastró por dos años más.” ⁴

Las relaciones entre estas personalidades no eran del todo armónicas, lo cual solo produjo mayor confusión en el escenario político peruano. Quizás el proceso político se hubiera solucionado cediendo a Chile la rica provincia de Tarapacá –que en los hechos, ya estaba en manos de nuestro país, pero se esperaba una sanción oficial de las autoridades del Perú–, pero aquel era un paso muy difícil de dar, ya que quien lo hiciera estaba expuesto a atraerse la enemistad pública. Esto lo trata muy bien William Sater a través del siguiente párrafo:

³ Gonzalo Bulnes, Guerra del Pacífico. De Tarapacá a Lima. Valparaíso, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1914, página 700.

⁴ William Sater, Tragedia Andina. La lucha en la Guerra del Pacífico. 1879 – 1884. Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2016, página 331.

“Cualquiera de estos aspirantes podría haber terminado el conflicto, simplemente cediendo Tarapacá a Chile. Pero hasta el afán de poder de Nicolás Piérola tenía límites. Y si él hubiese querido transferir la provincia más sureña de su país a Santiago, lo que no era el caso, el general Lizardo Montero y en especial el general Andrés Cáceres, nunca hubiesen estado de acuerdo. Por tanto, los ministros de Aníbal Pinto tenían que encontrar a alguien diferente a Nicolás Piérola –al que detestaban y en el que desconfiaban- que estuviera dispuesto a abandonar Tarapacá. Hasta entonces, se mantendría un ejército de ocupación para hacer sentir a Perú „todo el peso de nuestras virtudes“ y se obligará a la nación derrotada a pagar los impuestos de guerra que Chile necesitaba para sufragar el costo de la ocupación, y financiar una campaña para erradicar los restos de la resistencia peruana. Esta campaña duró casi dieciocho meses, y agotó las arcas chilenas y las reservas de personal, a la vez que sometía a los habitantes del altiplano de Perú a una guerra brutal de contrainsurgencia y al resto de los desdichados ciudadanos del país a una ocupación igual de brutal.”⁵

En cuanto al Estado de Chile, comenzó a implementar cambios en el aparato político y militar establecido en el vecino país. De partida, las fuerzas chilenas presentes pasaron a ser fuerzas de ocupación, mientras que la mayor parte de ellas volvieron a suelo chileno. Dada la situación en el Perú, fue necesario nombrar un jefe político y militar capaz de manejar la compleja situación interna. Fue por eso que ese cargo recayó en la persona de Patricio Lynch, quien durante el transcurso de la guerra ya había mostrado especiales dotes de administrador. Claude Michel Cluny destaca las especiales cualidades de este marino chileno y afirma que aquella circunstancia necesitaba a una persona con esas características:

“El Ejército del Norte se transforma en el Ejército de Ocupación de Perú. Las tropas de élite que entran en la prestigiosa capital de los virreyes desfilan entre algunos chinos colgados de los faroles por el populacho; las tiendas están vacías, hechas añicos. Ya no hay policía y los funcionarios se encierran en sus casas. En EL Callao, una vez que los fuertes de este cementerio de barcos han sido desarmados, la mayor parte de la Escuadra chilena y más de la mitad del Ejército son repatriados. Después de un período de convulsiones, marcado por nombramientos y desistimientos, usual en el gobierno de La Moneda cuando es necesario elegir un alto responsable de las operaciones militares, don Patricio Lynch se instala en Lima, en el Palacio de los Virreyes. Acaba de recibir su promoción a contralmirante y, el 4 de marzo de 1881, es nombrado general en jefe del „Ejército de Operaciones“. Reemplaza a don Pedro Lagos, que había organizado la ocupación de la ciudad, promovido a general de brigada. La elección de Lynch, cuya personalidad y capacidad administrativa, política y militar han sido puestas de manifiesto por los dos años transcurridos, está en conformidad con el consejo formulado por Jomini en su „Précis de l’art de la

⁵ William Sater, Tragedia Andina. La lucha en la Guerra del Pacífico. 1879 – 1884. Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2016, páginas 331 y 332.

guerre“: en el caso de las guerras lejanas, es necesario elegir jefes militares que también sean políticos.”⁶

El mismo autor retrata la caótica situación del vecino país y da cuenta de los numerosos problemas que Lynch habría de enfrentar:

“La normalización de la paz con Perú supone poder tratar con uno o varios interlocutores mandatarios o representativos de la nación política y no de sí mismos. Ahora bien, ya no existe el Estado, solamente apetitos de poder y dinero (a una escala menor; se creería que es la Rusia actual). Cuando patricio Lynch vuelve a Lima, ya no existe el gobierno peruano electo, ni poder autoritario o legal a una escala nacional. La dictadura de Piérola sólo ha dejado un vacío institucional, y únicamente las autoridades municipales aseguran la intermediación de la autoridad y la administración entre el país y el ocupante, conforme a las directrices de este último. La mayoría de las familias influyentes se ha retirado a sus propiedades y la capital se encuentra bajo la conmoción ocasionada por las batallas, en las que ha perdido tantos voluntarios, jóvenes o adultos, ¡de los batallones „cívicos“ de Piérola!”⁷

Se puede concluir que los triunfos nacionales de Chorrillos y Miraflores –que tanto orgullo trajeron a Chile- no solucionaron completamente el problema de la Guerra del Pacífico. Si bien nuestro país quedó con el dominio de Lima y de buena parte de la costa peruana, había todavía un extensísimo territorio interior en estado de insurgencia, el cual iba a ser muy difícil dominar. En ese sentido, el regreso a Chile de la mayor parte de la Escuadra y del Ejército expedicionarios fue un error que nuestro país lamentaría por otros tres años.

Parece que nuestros estadistas decimonónicos no habían aprendido mucho de la historia reciente de Chile.

Durante el siglo XIX, hubo presencia castrense nacional en tres grandes ocasiones: en la Expedición Libertadora del Perú de los años 1820 – 1822 (que incluso se puede proyectar perfectamente hasta el año 1824); durante la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana (entre los años 1837 y 1839); y finalmente en la misma Guerra del Pacífico (1879 – 1884). En las dos primeras experiencias bélicas, dominar la costa peruana no exigió mayores sacrificios, pero extender ese dominio hacia el interior fue un asunto extremadamente costoso para Chile. De hecho, la misma Guerra contra la Confederación no se decidió en la costa, sino que en la sierra peruana, lo cual evidencia la clarividencia del general Manuel Bulnes Prieto, quien resultó vencedor en la batalla de Yungay. Y lo mismo puede afirmarse respecto de las campañas independentistas en el Perú, que se cerraron

⁶ Claude Michel Cluny, Atacama. Ensayo sobre la Guerra del Pacífico, 1879 – 1883. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2008, página 384.

⁷ Claude Michel Cluny, Atacama. Ensayo sobre la Guerra del Pacífico, 1879 – 1883. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2008, página 385 y 386.

con las victorias patriotas de Junín y Ayacucho –ocurridas en 1824-, lugares también situados en el interior peruano.

Por lo tanto, era muy difícil que las jornadas de Chorrillos y Miraflores –por muy gloriosas que fueran para Chile- resolvieran el problema de la Guerra de 1879; el problema es que varios de nuestros estadistas –y buena parte de la sociedad chilena- lo creyeron así. Pero los hechos terminaron indicando otro rumbo, el cual fue seguido por este conflicto en los años siguientes: la denominada Campaña de la Sierra (o de la Breña), durante la cual – siempre con sus particularidades- se volvieron a repetir las experiencias de los años 1820 – 1824 y del período 1837 – 1839. Parece ser cierta aquella sentencia que dice que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra.

Lo anterior no le quita el brillo a las acciones de Chorrillos y Miraflores, ocasiones en la cual Chile coronó sus glorias militares en el contexto de su historia republicana. Pero la historia política y militar de la Guerra del Pacífico no terminó con esas victorias, sino que dieron paso a un capítulo largo, monótono y con muy poco brillo hacia el exterior, que fue muy difícil de cerrar.